

Historias de un Maestro Tántrico

Devashish

Publicaciones InnerWorld

San Germán, Puerto Rico

www.innerworldpublications.com

Barackpur, diciembre de 1960



At Barackpur (W-Bengal)

On 28-12-60

Prefacio

UN DÍA EN 1969, un pequeño grupo de discípulos se reunió con la idea de escribir la biografía de su gurú, Shrii Shrii Anandamurti, a quien cariñosamente llamaban Baba¹. Sin embargo, cuando se sentaron y empezaron a escribir, se dieron cuenta de lo poco que realmente sabían acerca de su vida. Así que decidieron acercarse a él y pedirle que escribiera su autobiografía. Al principio Baba no aceptó, alegando que no tenía tiempo para un asunto semejante; pero después de repetidas súplicas, finalmente accedió. Al día siguiente, en el encuentro que tenían los domingos regularmente, los mismos discípulos se sorprendieron cuando Baba anunció que había finalizado su biografía.

—¿Quieren verla? —preguntó.

Los devotos se miraron unos a otros curiosos, preguntándose cómo era posible que hubiera terminado tan rápido, aun conociendo la tremenda velocidad con la que el maestro solía trabajar. Baba los invitó a sentarse en su catre y les entregó una hoja de papel. En ella encontraron una sola frase escrita a mano: “yo fui un misterio, soy un misterio, y continuaré siendo un misterio”.

Típica respuesta de Anandamurti, quien a lo largo de su vida insistió en mantenerse alejado de la opinión pública para poder concentrarse en su trabajo: el establecimiento de una misión global para la elevación espiritual y el cambio social. En los primeros años, solía decir que no quería un culto a la personalidad, sino más bien un culto a la ideología. Fiel a su palabra, se esmeró por desviar la atención de sus seguidores de la adoración al gurú, que por más de setenta siglos ha estado profundamente arraigada en la historia cultural de India. Ciertamente, él fue un maestro espiritual muy diferente a cualquier otro que le haya precedido en el subcontinente indio, no sólo como revolucionario social sino también como gurú espiritual. Él no permitió que sus discípulos simplemente disfrutaran de su compañía mientras practicaban la meditación, en la búsqueda de la iluminación, sino que les encargó una misión social; no iba a permitir que nada los distrajera de esta misión, ni siquiera la comprensible fascinación que sentían por él.

¿Cómo es que uno empieza entonces a revelar el misterio de quién era, cuando él mismo se encargó de mantenerlo oculto? La respuesta es obvia: no se puede. Anandamurti no dejó un testamento de su experiencia interior, ni pistas de lo que había detrás de esa mirada que tanto encantaba a sus discípulos, o una forma de saber verdaderamente quién era, que no fuera a través del descubrimiento de quiénes somos realmente. Lo que sí dejó, fue una huella en las vidas de miles de personas, un impacto que aún hoy continúa reverberando alrededor del planeta. Esta biografía es la historia de Anandamurti vista a través de los ojos de aquellos que lo conocieron —sus discípulos, familia, amigos y

colegas—; con la esperanza de que el lector pueda vislumbrar al hombre detrás de esta ventana que se abre ante él.

En un mensaje a sus discípulos, Anandamurti dijo: “me he fundido en mi misión; si quieres conocerme, entonces sirve a mi misión”. En realidad, en cierta forma es imposible separar a Anandamurti de sus esfuerzos misioneros o de la ideología que dejó. Su vida fue un reflejo de su ideología, y no existe una mejor forma de enseñar los principios de una ideología, cuyo fin es guiar las vidas de los seres humanos, que a través de la vida del maestro espiritual que encarnó esos mismos principios. Yo me atrevería incluso a afirmar que el mensaje tantas veces repetido funciona también inversamente: si quieres conocer la misión, entonces trata de conocer la vida del maestro que encarnó su espíritu en cada respiro que tomó.

Una nota de agradecimiento:

La información contenida en este libro fue tomada principalmente de historias transmitidas oralmente por los colegas, amigos, miembros de familia y discípulos de Anandamurti, así como de varias fuentes escritas publicadas durante su vida y después de su partida. La mayoría han sido presentadas en forma narrativa, intercaladas con algunas citas tomadas directamente de las entrevistas. Quisiera agradecer a todos los miles de personas, muy numerosas para agradecer individualmente, que asistieron a las entrevistas pacientemente y compartieron sus reminiscencias. Algunos de los recuerdos que compartieron son personales y por esta razón no han sido incluidos en este libro. Otro material no fue incluido por falta de espacio, pero todas las ideas han sido preservadas fielmente para las generaciones futuras. Espero que sean conscientes del valor incalculable de su contribución y de lo mucho que se aprecia.

II

Los días de colegio

Debes tener un ardiente propósito moral para que la avaricia, la opresión y la explotación se consuman ante tu fuego interior¹.

CUANDO PRABHAT CUMPLIÓ los cinco años, ya había empezado una práctica que continuaría por el resto de su vida: sentarse a meditar temprano en la mañana y luego otra vez en la noche. Nadie en la familia sabe cuándo empezó esta práctica ni cómo la aprendió y él tampoco les dijo, pero para entonces la familia ya había aprendido a no molestar a este pequeño de mente independiente con estas cosas.

Casi tan inusual, fue su rechazo a comer cualquier comida que no fuera vegetariana, a pesar de que su familia no era estrictamente vegetariana. Como la mayoría de las familias bengalíes, los Sarkar comían pescado y, en ocasiones no muy frecuentes, otros alimentos que no eran vegetarianos. Cuando Prabhat era todavía pequeño, solía sollozar en silencio cuando su abuela empezaba a preparar los peces vivos que traía del mercado. La primera vez que lo notaron pensaron que algo andaba mal con el niño, pero cuando vieron que sólo reaccionaba así cuando llevaban los peces vivos a la cocina dejaron de hacerlo.

La familia Sarkar seguía la tradición india de alimentar a sus hijos con una dieta vegetariana hasta que cumplían cuatro o cinco años, de acuerdo a la creencia popular de que el delicado sistema digestivo de un niño pequeño no está preparado para la carne, el pescado o los huevos. Cuando Prabhat alcanzó la edad socialmente aprobada para comer alimentos que no eran vegetarianos, trataron de darle pescado pero él se rehusó a comerlo. Esto no molestó mucho a sus padres. Una gran parte de la sociedad era vegetariana, tanto por razones religiosas como de salud y, como buenos hindúes, valoraban la dieta vegetariana. Es más, su madre rara vez comía alimentos que no fueran vegetarianos.

Sin embargo, la abuela de Prabhat tuvo una reacción muy diferente. Por siglos, la gente en Bengala creía que el pescado promovía el crecimiento del cerebro y estimulaba la inteligencia, una tradición que las abuelas bengalíes habían mantenido orgullosamente durante muchos años. Vinapani se exasperaba cada vez más con su nieto favorito cuando se negaba a comer lo que le servían. Ella trató de engatusar al pequeño diciéndole que comer pescado era importante para el cerebro.

—No quieres crecer para ser estúpido, ¿no, sólo por no comer pescado?

Sin embargo, ninguna de sus súplicas sirvió para convencer a su nieto intransigente. Finalmente, un día durante la cena, cansada con la obstinación de su Prabhat, Vinapani le puso a la fuerza un pedazo de pescado en la boca. Prabhat lo escupió sobre la mesa.

—¡Niño tonto! —dijo la abuela—. ¿Quieres ser un idiota toda tu vida?

Prabhat se levantó de su silla y le dijo a su abuela que si ella, o cualquier otra persona, alguna vez trataba de forzarlo a comer alimentos no vegetarianos, esa sería la última vez que se sentaría a comer en la mesa familiar; luego se dio la vuelta, se fue a su habitación y cerró la puerta detrás de él. Ni su abuela ni su madre volvieron a hablar del tema. Prabhat viviría el resto de su vida sin probar ni un bocado de alimentos no vegetarianos.

Fue en esta época cuando Prabhat empezó a asistir a la escuela primaria para bengalíes, en donde se ganaría el apodo de “enciclopedia” por su prodigiosa memoria y su habilidad para responder cualquiera de las preguntas que los otros muchachos le hicieran. Durante los cuatro años que pasó allá, su personalidad sufrió una lenta, casi imperceptible metamorfosis de un niño superdotado y gracioso a un joven callado que podía predecir el porvenir y cuya oculta profundidad lo separó del resto de los jóvenes de tal forma que a veces había que echar más de un segundo vistazo para notarlo. En aquellos días, Bihar era el estado de India con más arraigo hacia las castas. Era un lugar en el que ir en contra de las buenas costumbres y los ritos tradicionales profundamente arraigados era prácticamente impensable, especialmente en un pueblo pequeño como Jamalpur, en el que no respetar las prohibiciones de casta era reprochado inmediatamente. La familia de Prabhat seguía las prácticas ortodoxas, de la misma forma que todas las familias hindúes lo hacían, pero Prabhat en su forma silenciosa gradualmente dejó en claro que él no compartía ninguna de sus creencias de casta.

Un día invitó a un muchacho de la casta de intocables a su habitación y se sentaron en la cama. Abharani no dijo nada mientras el muchacho estuvo ahí, pero tan pronto como salió, reprendió al hijo y se quejó porque ahora tendría que lavar la sábana y la funda de almohada, tal y como ordenaban las escrituras, porque estaban contaminadas. Prabhat la escuchó sin decir una sola palabra. Después de que ella removió la sábana y la funda de almohada, él tomó el colchón y la almohada, los llevó al lavadero y empezó a sumergirlos en el agua.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le gritó Abharani.

—Como dijiste que todo estaba contaminado —le contestó Prabhat—, entonces esto también está contaminado, así que también lo estoy lavando.

Su madre, exasperada, trató de hacerle entender su imprudencia.

—No es necesario —le dijo—. Tenemos que lavar la funda y la sábana porque el muchacho las tocó, pero sólo debemos rociar el colchón y la almohada con un poco de agua del Ganges.

—No —le contestó Prabhat, y continuó lavando la almohada y el colchón—. Si tú dices que la sábana y la funda están contaminadas, entonces todo está contaminado.

La madre trató de discutir con él pero no tuvo éxito. Finalmente extendió sus brazos y exclamó:

—¡Es muy difícil convencerte de cualquier cosa!

En otra ocasión, Prabhat estaba sentado en la terraza del frente de su casa. Pasando la calle había una plataforma vacía en la que la gente del barrio se reunía a jugar cartas o a conversar. Un miembro del la supuesta casta de intocables que iba caminando por la calle se detuvo para preguntarle a Prabhat si había visto a cierta persona o si sabía dónde podía encontrarla. Él se refirió a Prabhat como “Khokha Babu” (pequeño caballero). Prabhat se sorprendió cuando vio que el hombre estaba parado en una sola pierna mientras le hacía la pregunta y se mantuvo en esa posición mientras esperaba su respuesta.

—Sé quien es —le dijo Prabhat—, pero no sé dónde puede estar en este momento. Por favor venga a sentarse en la banca. Puede esperar aquí si usted desea.

—Khokha Babu —respondió el hombre—, no puedo hacerlo. Hay una regla que dice que una persona de baja casta tiene que mantenerse en esta posición cuando va a la casa de un gran hombre.

Prabhat le pidió varias veces que se sentara, pero el hombre no se sentó ni bajó la pierna. La injusticia de esta costumbre enfureció a Prabhat, pero él sabía que era inútil decir algo más en ese momento, así que contuvo su lengua. Sin embargo, cuando el hombre se fue, se prometió a sí mismo que lucharía contra esta tradición repugnante y que ayudaría a terminar con ella algún día.

Durante la niñez de Prabhat, la familia visitaba con frecuencia la villa de Bamunpara, donde nació Lakshmi Narayana, especialmente en las calurosas vacaciones de verano, cuando la abundante vegetación y los espacios abiertos brindaban un refrescante respiro ante el incesante calor de Jamalpur. El verano era la estación del mango y Bamunpara estaba llena de árboles de mango, así como de papaya, banano, jaca, guayaba y muchas otras delicias que hacían que los niños Sarkar soñaran con las vacaciones en Bamunpara. Como la mayoría de los niños de la India, adoraban sentarse bajo el dosel de sombras que creaban los grandes arcos de los árboles a tomar el delicioso jugo de la pulpa madura de las frutas. Luego corrían a jugar con los niños de la aldea y a recorrer los campos que la rodeaban. A Prabhat también le encantaban los mangos, pero mientras sus hermanos jugaban, él se sentaba a la sombra de los árboles a meditar en silencio por largo rato o se iba a caminar solo por los terrenos o aldeas vecinas.

Otras veces se pasaba horas acostado en un catre con los ojos abiertos mirando al espacio. En una de esas visitas, su hermana Hiraprabha, una joven muy sensible de catorce años, le preguntó a su hermano de siete años qué hacía acostado ahí todo el día.

—Estoy revisando la historia del universo —le dijo Prabhat, pero la respuesta no complació mucho a su hermana. Al día siguiente le volvió a preguntar, pero esta vez él le contestó—: Estoy viendo lo que va a pasar en este planeta en mil años.

Finalmente, Hiraprabha se cansó de su perezoso hermano menor y empezó a censurar su holgazanería.

—Estás ahí, perdiendo el tiempo sin hacer nada; todavía no has aprendido como escribir tu nombre en tu propia lengua.

Prabhat la miró por unos momentos, con su sonrisa típica, luego fue hacia el cajón, sacó papel y lápiz y escribió su nombre en diez escrituras, incluyendo inglés, árabe y un número de diferentes escrituras de la India. Su hermana se sorprendió tanto cuando vio esto que salió corriendo como un pájaro asustado y evitó encontrarse con su hermano por el resto de las vacaciones.

Años después, mientras le dictaba a uno de sus discípulos, Vijayananda, Prabhat recordó estas vacaciones en Bamunpara. Le dijo que cuando estaba acostado en el catre, supuestamente no haciendo nada por horas, estaba ocupado planeando el trabajo de su vida, que incluía su lucha contra el sistema de castas y otros males sociales. Prabhat dijo que durante estas vacaciones había diseñado la estructura de Ananda Marga, la organización socioespiritual que fundaría en 1955, más de veinticinco años después. Luego fue a su escritorio, sacó un pedazo de papel amarillento de uno de los cajones y lo desarrugó en el escritorio frente a su discípulo. La escritura borrosa, pero todavía visible, contenía un plan general de la organización que crearía más adelante.

En 1930, Prabhat fue aceptado en la Escuela Ferroviaria de India Oriental, en donde continuaría sus estudios hasta matricularse en la universidad. El muchacho que entró a la escuela ferroviaria era muy diferente del muchacho que había entrado a la escuela primaria unos años antes. Mientras que los otros muchachos eran, en general, bulliciosos e inquietos, Prabhat se distinguía por su actitud tranquila y su manera de hablar reflexiva. Cuando una sola palabra bastaba, nunca usaba dos. Era amigable con todos pero no tomaba parte en la alegría típica de las horas de tiempo libre y de recreo. Él se mantenía solo, ya fuera con un libro, sentado bajo un gran árbol de brevo en el patio o en la terraza. Sin embargo, cuando había peleas o los muchachos utilizaban un lenguaje grosero, él se levantaba rápidamente e intervenía. De vez en cuando, otros jóvenes se acercaban a él para discutir uno que otro tema relacionado con los problemas que tenían con las tareas, pero casi siempre respetaban su amor por la soledad.

La reputación de Prabhat de ser capaz de responder lo que le preguntaran continuó desde la escuela primaria. Aquí también se convirtió en una práctica común que otros estudiantes le enviaran a alguien que tuviera preguntas que nadie más podía responder. Una tarde, durante el descanso, él y sus compañeros de clase estaban sentados a la mesa hojeando un nuevo libro de geografía que acababa de llegar. Prabhat pasaba las páginas con todos los demás. De repente, cerró el libro y los retó a que le hicieran cualquier pregunta de cualquier página. Los otros muchachos aceptaron el reto, abrieron el libro de forma que él no lo pudiera ver y empezaron a hacerle preguntas. Él respondió una a una correctamente. Ellos estaban impresionados, pero ya lo habían visto pasar antes. Sin embargo, Vimalendu Chatterjee, quien recientemente se había mudado para Jamalpur desde una pequeña aldea en el distrito de Silhet de Bengala Oriental, no lo había visto nunca. Cuando expresó su sorpresa, Prabhat le preguntó el nombre de su aldea y luego empezó a describirla detalladamente, incluyendo la división de los sembrados de arroz y la ubicación de los pozos. Cuanto más decía